

nos estudiosos, y que Rubial rescata, es la procedencia de los frailes que pasaron a la Nueva España durante los primeros años posteriores a la conquista. En efecto, a través de las pesquisas de *La hermana pobre* se tiene la posibilidad de conocer con exactitud dicha procedencia y, por lo tanto, conocer y entender los principios que los religiosos aplicarían después en su tarea evangelizadora.

El anhelo de regresar al cristianismo original que se dio entre los frailes menores de Nueva España tuvo como característica particular una amplia variedad de formas. Algunas de ellas fueron expresión propia del bagaje cultural que traían desde España, otras se dieron a raíz de la puesta en práctica de sus ideales bajo las circunstancias propias de los gentiles y criollos novohispanos. Sin duda, el imitar a Jesús en todas sus expresiones fue la máxima ilusión de esos primeros franciscanos. La pobreza, el espíritu misio-

nero y el mismo martirio fueron los ejes espirituales que los alentaron.

Durante la primera mitad del siglo XVI, nos dice Rubial García, fue muy común encontrar a los franciscanos en los mercados de los indios pidiendo tortillas, chiles, capulines y tunas para sobrevivir. Las reglas de la orden eran muy claras: por ningún motivo podían portar dinero ni llevar comida para el camino. Pero la pobreza se reflejó también en las construcciones:

los edificios que se edifican para morada de los frailes sean paupérrimos y conformes a la voluntad de nuestro padre san Francisco, de suerte que los conventos de tal manera se tracen que no tengan más de seis celdas en el dormitorio.

Otro aspecto que el autor resalta de manera especial es la postura que los frailes franciscanos asumie-

ron en cuanto al cobro del diezmo entre los indígenas. Ciertamente, durante estos primeros cincuenta años del siglo XVI, por lo menos, los frailes de san Francisco de Asís no se preocuparon mayormente por recibir este dinero. Ellos siempre buscaron la manera de sostenerse sólo por medio de las limosnas, ya que el rey, por su parte, se encargó de proporcionarles pasajes, cálices, campanas y ornamentos para el culto.

En suma, el desprecio a la riqueza por parte de los religiosos misioneros de Nueva España, en particular en el caso de los menores, fue un factor de gran importancia para lograr no sólo la evangelización, sino también para establecer una comunión entre los naturales y los religiosos. Predicar el cristianismo con el ejemplo fue una de sus grandes virtudes. El saberse los indígenas tan pobres y desprotegidos como los mismos franciscanos, quizá fue un factor de identificación con ellos.

Un periodo clave para el zapatismo y la revolución

Salvador Rueda

Francisco Pineda Gómez, *La irrupción zapatista, 1911*, México, Era, 1997, 245 pp.

Como todo hecho fundacional, la historia del zapatismo ha sido referida en múltiples formas. En su vasto ejercicio narrativo desfilan las descripciones de sucesos reales e imaginarios. Tampoco le son extraños el mito y la leyenda. Pero no han sido el olvido ni la mistificación, sino la inclinación al juicio concluyente lo que ha anulado el cabal enten-

dimiento de su fondo histórico. La desmesura y la serenidad en las interpretaciones son los atributos paralelos que han dado perfil, a lo largo de ochenta años, a una rebelión campesina que quebrantó en su raíz el sueño del progreso y cuyo recuerdo ha debido ajustarse a nuestras cambiantes ideas del mundo. Conciliar aquella realidad con las necesidades de nuestra generación es el propósito de este libro de Francisco Pineda.

Muchas son las cualidades de este escrito. No es menor la que refle-

ja la perspectiva personal de un autor que no se entrampó en los libros "clásicos" de la historiografía del zapatismo, ni en las tentaciones de la reiteración. A diferencia de los que lo precedieron, el texto de Francisco Pineda no apela a la sobrevaloración de algunos rasgos biográficos de los caudillos para explicar que la voluntad es uno de los motores de la historia. Tampoco repite esquemas de análisis político y social, que en la última década se estereotiparon de tal modo que se ahuyentó a los lectores. No las fra-

ses que complacen, sino el relato de una complicada red de relaciones, a veces insospechadas, es el alma del libro. Su asunto central es la guerra; y a Pineda le interesa menos la originalidad en la selección del tema que el acercamiento a la verdad con un vocabulario que hoy satisface a la inteligencia.

El autor no rehúye la crítica a otros puntos de vista, algunos de incontrastada influencia hace pocas décadas. Hoy, demuestra Pineda, no son suficientes para entender las dimensiones de la vida campesina y menos en el especial tiempo de la guerra. Alguna opinión de Womack es rechazada, como aquella de que los campesinos sureños hicieron la guerra porque no querían cambiar. Su justeza puede aún discutirse, pero es indudable que los argumentos que ofrece Pineda son tan legítimos como los del autor norteamericano. Tal vez ésta y otras imágenes que nos dejó Womack, en las que se descubre a Lampedusa, no sean del todo erróneas: la estructura del mito y las imágenes que da la literatura tienen como función conciliar a la razón con la realidad que se nos escapa. Es cierto también que esas imágenes literarias, al igual que la estructura básica del mito, pueden extenderse a otras interpretaciones del mundo, y no son privativas de casos singulares; la afirmación de Womack, sin el contexto historiográfico del propio libro, con su fondo ético y estético, es aplicable a demasiadas sociedades en demasiados momentos históricos. No es, pues, un concepto. En este sentido, el conceptual, la afirmación lampedusiana de Womack, es inútil; no así en su carácter de intento del historiador por encontrar el significado de justicia social y política de Zapata y los suyos. Por fortuna, la perspectiva de Pineda propone un modo válido de entender al zapatismo: no sólo el propósito del cambio, sino la

práctica de relaciones articuladas que explican tanto el peso del movimiento durante la década revolucionaria como sus fuertes ecos posteriores.

El autor estructura el libro con una acertada ausencia de prejuicio en cuanto al uso de las fuentes. Los archivos documentales de Porfirio Díaz, Emiliano Zapata, Genovevo de la O, Gildardo Magaña, de los distintos ramos de gobierno, la hemerografía y los estudios especializados se entrelazan, con el debido respeto a la naturaleza de la información, con los recuerdos de la lucha zapatista recreados por sus protagonistas muchas décadas después. Con equilibrio, la exactitud de la reconstrucción histórica no se opone, en fin, al goce de la memoria.

El libro acota su temporalidad y su objetivo: la génesis de una rebelión que durante diez años se extendió a buena parte del centro del país. Es el desarrollo histórico del zapatismo en el momento mismo de su definición, 1911: momento en el que los campesinos de las zonas azucareras e industriales de Morelos y del sur de Puebla descubren su fuerza propia, al desdoblarse sus maneras de ser y de pensar en la guerra.

El texto comienza y termina con el Plan de Ayala. Lo que sucedió entre marzo y noviembre de ese 1911, según comprueba Francisco Pineda, justifica un libro completo de historia. En su primera nota, el autor ofrece una proposición contundente: que la irrupción del zapatismo en 1911 tuvo un giro cualitativo a partir de la promulgación del Plan de Ayala. Luis Cardoza y Aragón no desestimaría la idea: el siglo XX, afirmó Cardoza, nació con ese documento de los campesinos del Sur. Tal fue la génesis de nuestra centuria; y me atrevería a decir que no tanto por las propuestas políticas sino por el propósito y, sobre todo, por el lenguaje que inauguró una manera

novedosa de explicar a México y los mexicanos.

Ciertamente, a principios de 1911 los campesinos de Morelos hicieron una lectura propia del documento nodal del maderismo. Por ello, sus objetivos, al definirse ya como zapatistas hacia mediados de 1911, fueron muy distintos al manejo puramente de cambio en las estructuras de gobierno del dirigente norteño; unos meses después de rebelarse como maderistas, en noviembre, formularon por escrito el Plan de San Luis Potosí y lo extendieron hacia la necesidad de expropiar a terratenientes y atacar de frente a los monopolios. Su virtud se reconoce en el terreno de la vida social como directamente relacionada con la vida económica de la región en particular y del país en su conjunto. No sin abuso, el exceso de un buen número de historiadores ha criticado la falta de resolución política de este documento zapatista: sin alternativas de gobierno bien estructuradas de acuerdo con sus propias propuestas, el Plan de Ayala sería prácticamente inviable. Pero el debate a este respecto se ha agotado. Por ello, el señalar otras vías de análisis y explicación da nuevo impulso al estudio de la rebelión de Emiliano Zapata. En este caso, los gestos, los signos y las conductas de la guerra de campesinos y gobiernistas ofrecen un campo inmenso de estudio para el caso porfiriano y el nacimiento de la revolución.

El propósito de la guerra está en la posguerra, afirmó Raymond Aron. Esta idea debe ser premisa para el acercamiento a la historia militar. Pero Pineda apuesta con éxito a comprenderla a partir de sus características intrínsecas, a sus causas y a su desarrollo temporal. Guerra civil, guerra de clase, guerra revolucionaria que se dibuja a sí misma y a la sociedad que la ejerció. Pineda afirma que desde el

punto de vista historiográfico, la guerra revolucionaria no es un asunto técnico, un recuento de tácticas y de muertos ni un instrumento o una vía que se pueda manipular a voluntad. La guerra revolucionaria es un hecho histórico total; un proceso que sintetiza las contradicciones de una sociedad; que condesa la economía y la política, la geografía y la cultura. La división social y la capacidad organizativa, la tecnología y la moral. Es el momento culminante del rol protagónico de las masas y de los individuos; de la razón y de la emoción y, como provincia entre la vida y la muerte, de los símbolos y los actos.

Habría que agregar, de acuerdo con los testimonios orales que dan calidad especial a este libro, que para las vidas de cada uno de los hombres, mujeres y niños, la guerra es también un asunto de azar, de oportunidad. En el caso zapatista, la guerra favoreció, no sin sentido trágico, el quiebre que Pineda llama “cerco de la infamia”, y que define como el conjunto de resentimientos acumulados tras muchas décadas de malos tratos, desprecios y violencias cotidianas. La guerra, aunque explicable por los condicionamientos históricos, es además un hecho contingente y al mismo tiempo inevitable: la guerra y sus características se repiten casi como ley histórica. Con argumentos irrefutables, el autor rechaza el intento de comprender la guerra zapatista como un acto aislado, coyuntural, local, simplemente volitivo. Ello significaría reducir el zapatismo a un mero accidente; y de paso, habría que agregar, estrecha la comprensión global de la condición humana.

La guerra, más que un evento militar, es el marco que posibilita desentrañar las complicadas redes de relaciones que exhiben grupos e individuos. En este terreno Pineda se mueve con seguridad y dibuja el

paisaje físico, social y cultural porfiriano previo al levantamiento, y su desdoblamiento durante los primeros ocho meses de una guerra decenal. Aparecen el linaje de los Escandón y sus nombres atados a las principales fuentes de riqueza económica y al desarrollo que se calificó de progreso: minas, diligencias, caminos, agio, ferrocarriles, terrenos de colonización y cultivo, haciendas, etcétera. Uno de los más prominentes personajes de esta familia fue el gobernador morelense que cerró aquel “cerco de la infamia”. Con su desmesurado ejercicio, Manuel Escandón y los hacendados cañeros de Morelos dieron a la rebeldía zapatista su carácter originario de reivindicación de la dignidad política y civil.

El paisaje físico de la guerra es inteligible por otra relación, la de los pueblos y las haciendas cañeras. La tierra morelense fue un bien casi gratuito para los hacendados, monopolizada por ventas no siempre legales y por el despojo a los poblados; el agua era acaparada y aprovechada con ventaja luego de que la ingeniería cambiara el medio ambiente. El control de los caminos, los ferrocarriles y la vigilancia armada completaron el cuadro. El paisaje de Morelos era equívoco: el progreso parecía esconder la desigualdad; el engañoso paraíso mostraba haciendas productivas y ricas, orgullo de los liberales, pero con trabajadores pobres y, como luego se vería, descontentos. El progreso era evidente en la tecnificación de los ingenios, en el tendido de líneas férreas, en los gustos arquitectónicos de los edificios de las haciendas, pero aquél no se trasladó a los hombres. Pineda explica, por ejemplo, que aun los trabajadores especializados en las máquinas accedían a sus puestos por antiguos mecanismos hereditarios y que su relación con los administradores y hacendados

se normaba por la regla no escrita del paternalismo. Su posición de privilegio los descubrió como aquellos hombres que Primo Levi definió como “zona gris”: los trabajadores permanentes de los ingenios eran prepotentes con los campesinos y sumisos con los superiores. Conocidos como “dedos chiquitos”, a estos hombres de la zona gris, y a muchos fuereños, la guerra les cobró muy pronto su tributo. Acosados por los rebeldes armados, varios fueron desorejados y fusilados; otros más, sumados a la cultura general de la que formaban parte, se afiliaron al zapatismo desde ese 1911.

Una cultura particular se desarrolló en la relación entre pueblos y haciendas; el autor la describe y proyecta hacia el rostro reconocido de la guerra campesina, hacia la dimensión de los objetivos políticos, hacia la identidad de los grupos armados y, finalmente, hacia las causas individuales de incorporación a las filas rebeldes. Los antiguos agravios resentidos en la vida cotidiana, la guerra los trasladó tempranamente a la conducta revolucionaria con tonos de moralidad. Su radicalismo en este sentido fue utilizado en su contra: desde abril, y sobre todo en mayo de 1911, los códigos de conducta propios de los campesinos, aplicados con violencia, fueron magnificados por la prensa capitalina hasta el polo de la barbarie. Gestos ciertamente duros, pero no incomprensibles, dieron calificativos exaltados al zapatismo: fue entonces cuando se aplicó el apodo de “Atila del Sur” a Emiliano Zapata.

La red de relaciones que entreteje Pineda dibuja el rostro de los enemigos del zapatismo, la otra cara de la guerra: el racismo que respaldó las conductas hacia los campesinos en tiempos pacíficos y que justificó después la aplicación de la fuerza contra los zapatistas: los in-

dios, se argumentó, no entendían de otra manera. Esta manifestación verbal la daba el vocabulario liberal; la militar, la tecnología militar que construyó al ejército porfiriano. Resulta interesante que la descripción del “racismo positivista”, los avances técnicos del armamento y la zonificación militar del país, el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono y la prensa diaria, en manos del autor dejen de ser un simple recuento para imbricarse con las contemporáneas políticas modernizadoras, con el discurso racista y con la concentración finisecular de tierras y aguas en apoyo de las haciendas altamente tecnificadas. La afamada paz porfiriana, la del orden y progreso, era patrimonio de los políticos cercanos a Díaz y de aquellos que hacían negocio con el gobierno. Eran ellos los que controlaban las características del estado moderno, que Pineda sintetiza como “monopolios de la tierra, de las armas y de la verdad”.

El armamento federal de vanguardia, disuasivo en tiempos de paz, no fue suficiente para detener a los maderistas del norte y del sur. Ello, a pesar de que entre los campesinos sureños el armamento de fuego era más que rudimentario, inexistente. Y a diferencia de los norteños, los rebeldes del sur tampoco podían acceder a la mejoría armamentista, pues no tenían la ventaja de la vecindad del mercado extranjero. Pineda apunta el desequilibrio tanto como el inusitado éxito de los campesinos morelenses: el ingenio de la guerrilla y la movilidad permanente son parte de la explicación. El punto débil federal y de la fuerza zapatista era, finalmente, de carácter humano, no técnico: el reclutamiento y la leva, es decir, la improvisación de los soldados, era un serio límite a las potencialidades del armamento federal; por el contrario, la decisión de

incorporarse voluntariamente entre los rebeldes dio a los todavía entonces maderistas lo que a sus oponentes les faltaba: moral de lucha.

Atención especial da el autor al discurso y la práctica del racismo. Los científicos positivistas lo esgrimían como explicación natural de las diferencias sociales, de su propia superioridad y riqueza, y de la necesidad y utilidad del ejército moderno contra la población civil (como en Tomóchic), o contra huelguistas (Río Blanco), o contra los indios rebeldes (los yaquis y los mayas). Vale recordar aquí que Madero, en un primer momento de su ofensiva contra los zapatistas, aplicó militarmente esos valores racistas en Morelos y Puebla: el general Juvencio Robles, veterano en la guerra contra los yaquis, y Victoriano Huerta y su experiencia contra los *cruzob* mayas, desarrollaron en 1911 una “campana de ocupación” que contemplaba la violencia discriminada contra poblados civiles y el traslado de familias enteras a sitios de fácil vigilancia militar. Hay fuertes indicios, debo decirlo, de que Madero, aunque norteño conocedor de las formas de pacificación usadas contra los apaches una generación más atrás, no estuviera convencido de que la táctica de tierra arrasada de fondo racista contra los “indios” y “primitivos agraristas” era tan cruel como inútil. El cálculo político, quizá más que el horror de tal demostración de fuerza, hizo a Madero retirar a Juvencio Robles en 1912 y enviar al general Felipe Ángeles con instrucciones muy diferentes.

En cambio, para los zapatistas la guerra era esperanzadora, según explica el autor. Esperanzadora, pero no en los trágicos términos de una guerra de castas que manejaría en 1917 Manuel Márquez Sterling. Al descubrir su propia fuerza, la intención de derrocar a Porfirio

Díaz se tradujo muy pronto en lucha por la libertad.

El momento de guerra de 1911 permite a Pineda descifrar partes sustanciales de los códigos campesinos: la fiesta, los toros, las formas de vestir, los gustos por el caballo y los arreos charros, por ejemplo, se reconocen en la génesis del zapatismo como explicación de buena parte de su eficacia primera. Asimismo, se asume que los signos tienen geografía —el centro de México en este caso—. Ahí su traducción no requirió intermediarios. Y uno de esos signos es, por supuesto, el de la delimitación del territorio; tierras, montes y aguas no fueron palabras con simple fondo retórico sino con significados geográficos. Aquello que Pineda define como “marco inicial y más concreto, en que se observa la vinculación de la cultura y la guerra”, resultaría ilógico sin su traslado a la demanda política y corazón de la lucha. Dice Pineda, y creo fundamental, que ése es el punto de partida para entender el significado de la demanda zapatista, que no fue de parcelas de labor, sino siempre y enfáticamente: tierras, montes y aguas, en una palabra, territorio.

Los tiempos de la rebelión tampoco son incongruentes: 10 de marzo de 1911, segundo viernes de cuaresma, durante la importantísima feria local de Cuautla. Antigua, tradicional, lugar y momento en los que los signos del futuro caudillo y de sus jefes principales permitieron tomar la decisión de luchar, no como grupo solitario y ajeno a su entorno (como sí lo fueron Genovevo de la O o Pancho Villa y sus ocho leales originarios), sino con la posibilidad culturalmente determinada de la eficacia que daba el apoyo general. La cadena de acontecimientos, detalla el autor, ubica la decisión y la voluntad: los rebeldes maderistas morelenses de Gabriel

Tepepa se habían hecho notar poco antes; este mismo dirigente cargaba otros símbolos campesinos, igualmente respetables: septuagenario, era conocido por su participación en la guerra contra los franceses casi medio siglo antes. Pero Pineda apunta hacia un historicismo zapatista más interesante: el grito insurgente de 1810 y su reproducción en el “grito” de Ayala, o el recuerdo de la presencia del cura José María Morelos en la región; puede agregarse la imagen guadalupana entre los alzados insurgentes y la que abanderó a los zapatistas, el paliacate a la cabeza de Otilio Montaña en recuerdo de su admirado Morelos y aun el discurso antigachupín, que ejerció la longevidad entre los morelenses y se practicó violentamente en 1911.

Los testimonios orales que se reproducen en el libro recuerdan signos de otra índole. En la memoria de los veteranos quedaron otras cuentas: un veterano zapatista recordaba que el pago de impuestos y la amenaza —irreal pero poderosa en la memoria que recrea y explica el pasado en el presente— de que serían marcados a fuego con el fierro de la hacienda, fueron las causas que lo llevaron a incorporarse a las filas de Zapata. “Por vivir en el mundo”, dijo, “de once años, a mí me cobraban veinte centavos cada mes”.

Los primeros actos de guerra también reflejaron la conducta simbólica campesina. No sin cierto sabor a paradoja, quemaron los archivos y respetaron, salvo excepciones, las máquinas de los ingenios. Puede resultar extraño que entre hombres que tan alto valoraban los documentos escritos y pintados, la quema de los archivos fuera uno de los signos del desconocimiento de la autoridad gubernamental. Otras acciones, como la liberación de los presos de las cárceles, pueden tener la misma explicación.

En pocas semanas el movimiento rebelde campesino se extendió e hizo huir al gobernador Escandón. Y mientras las tropas campesinas sumaban ya cerca de dos mil alzados, la respuesta militar era entorpecida por los candados que el mismo gobierno había puesto para evitar asonadas durante su proceso de modernización. Paralelamente se buscaron salidas políticas negociando con varios jefes rebeldes y se alertó a jefes políticos y gobernadores. Un asunto que Pineda analiza con detenimiento explica no la eficacia campesina sino la ineficacia gubernamental: el cálculo político de Porfirio Díaz, con el cuidado por el detalle que su documentación particular demuestra, falló solamente en un aspecto: se ejerció fuera de tiempo. Los nombres de los antiguos opositores al gobierno se barajaron como aliados coyunturales pero en apariencia decisivos, de Díaz. Hoy sabemos que pronto se arrepintieron de haber aceptado ser protagonistas imperitinentes. Los Leyva, por ejemplo, ya habían desaprovechado la oportunidad histórica; su figura era ya entonces inútil para la pacificación o la derrota de los rebeldes, como después lo comprobaría el ingeniero Patricio, quien llegaría a ser agente de la Comisión Agraria maderista y gobernador desafortunado de un Morelos arrebatado del control estatal por los zapatistas.

Con acierto, Pineda recuerda con datos que las revoluciones son caras y entrelaza acertadamente los afanes de la familia Madero por conseguir el financiamiento para la rebelión, paralelamente a las negociaciones privadas que significaban varias renunciaciones, entre ellas la del vicepresidente Corral y casi una decena de gobernadores, con la independencia de movimientos y el autoabastecimiento de los campesinos morelenses aún maderistas en campaña.

Durante la segunda quincena de abril de 1911, la guerra en los límites de Puebla y Morelos mostraba las posturas de los protagonistas: las tropas federales reaccionaron con fuerza ante rebeldes a los que se despreciaba de palabra y se atacaba con decisión —que muy pronto se volvería crueldad, naturaleza del desprecio racial—; los maderistas de Francisco Mendoza, Jesús Morales y Emiliano Zapata, rápidos, insistentes, no sin audacia cercaron a jefes políticos, quemaron archivos, abrieron prisiones y, al igual que los campesinos alzados de Miguel Hidalgo un siglo antes, fueron violentos contra los que consideraban gachupines, lo fueran o no, causantes de tantos y tan antiguos males: la xenofobia tenía su raíz en “agravios y los odios étnicos y de clase” —escribió Pineda—, duros adjetivos que “hicieron que operara con gran fluidez el desarrollo del movimiento armado”. Pero era otra frontera, como bien marca el autor, la que realmente escenificaba la violencia de esta guerra: entre las haciendas y los pueblos se encontraba lo que Pineda llamó “umbral de sangre”.

La sucesión de combates da pauta al autor para explicar motivos conscientes y determinaciones culturales. Chietla, Cuautla, Yautepec, entre las más importantes, se suceden en golpes de mano que descubren a campesinos tenaces frente a tropas gobiernistas atrapadas en sus propias redes. Para entonces, la debilidad del presidente Díaz y la prepotencia del interino De la Barra fueron insuficientes para acabar o, en su momento, aprovechar la fuerza desatada de los zapatistas. Queda claro en los meses que antecedieron a la firma del Plan de Ayala: los noveles guerreros aprendían muy pronto los secretos de la guerra y eran tan escudridizos que fue prácticamente

imposible obligarlos a dar una batalla frontal que decidiera en su contra el destino militar de la lucha. Un elemento, menos perceptible que la astucia y la valentía individuales, el cual pasa inadvertido incluso para la memoria de los guerreros, es develado por Pineda. Elemento imprescindible en la conducción del combate, de cualquier combate: ley de la guerra, descifrar los códigos de los enemigos y adivinar sus pasos futuros con la observación de sus actos, era tan importante como la energía desplegada por los soldados y la buena distri-

bución de los elementos de guerra. Instinto e inteligencia, la capacidad del táctico y del estratega se muestra en sus movimientos ofensivos y defensivos, pero también en saber acechar los secretos del enemigo. Decisiones del momento, arriesgadas y al mismo tiempo calculadas. Las traducciones de los signos no quedaron en la memoria más que por sus efectos reales: la derrota y la victoria.

Finalmente, con pudor, en algún lugar de la sierra de Puebla, entre el 25 y el 28 de noviembre de 1911, Zapata y sus hombres elabo-

ran el Plan de Ayala. A partir de entonces, pero sobre todo después de la caída de Madero en 1913, la guerra de los zapatistas tuvo un propósito propio claramente definido. Mucha violencia debía sentirse todavía en la geografía campesina. Pero ya sería irreversible su logro político. Con el Plan de Ayala, tal vez nació el siglo XX. Y hoy, sin duda, aún requerimos explicaciones. Este libro, *La irrupción zapatista* de Francisco Pineda, es una de las mejores que brinda nuestra generación a ese hecho fundacional.

Agrarismo y contrarrevolución en Veracruz

Anna Ribera

Antonio Santoyo, *La mano negra. Poder regional y estado en México (Veracruz, 1928-1943)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Regiones), 1995, 186 pp.

A lo largo de los años veinte, diversos ensayos de política agrarista tuvieron lugar en algunos estados de la república mexicana, impulsados por gobernadores que confiaban en la viabilidad de las formas de tenencia colectiva de la tierra y creían en la necesidad de fraccionar los grandes latifundios. Estos gobernadores trabajaron para crear las bases sociales que apoyarían la realización de sus proyectos. Uno de los escenarios de estas políticas fue el estado de Veracruz, donde el gobernador Adalberto Tejeda se había puesto a la cabeza de una profunda revolución en el campo. Las desorganizadas luchas agrarias entre 1914 y 1920 dieron origen a las po-

líticas de dotación y restitución durante su primer gobierno de 1920 a 1924, pero no fue sino hasta los años del maximato, los más difíciles para el agrarismo revolucionario, cuando la estructura de la propiedad fue más ampliamente modificada por el movimiento campesino veracruzano vinculado a Tejeda.

Esta transformación agraria y una manera sumamente independiente de ejercer el poder generaron descontento entre los grupos afectados, así como entre los sectores que instrumentaban acciones de centralización política en el ámbito nacional. Es sobre esta problemática que trata *La mano negra. Poder regional y estado en México (Veracruz, 1928-1943)*, libro de Antonio Santoyo que, partiendo del estudio del municipio de Naolinco y más precisamente de la hacienda de Almolonga, analiza la acción agrarista veracruzana que enca-

beza el gobernador Tejeda, su enfrentamiento con los grupos antiagraristas—como el organizado por Manuel Parra, conocido en Almolonga como “la Mano Negra”—y su dificultosa relación con los grandes proyectos de centralización e institucionalización política.

A pesar de que la política dominante estigmatizó el agrarismo y a sus representantes de gran parte del país a partir de 1929, en algunos estados los líderes revolucionarios animaron y fortalecieron los programas de reforma en el campo. Tal fue el caso de Lázaro Cárdenas en Michoacán y el de Adalberto Tejeda en Veracruz. Este último afianzó sus relaciones con el movimiento agrarista veracruzano tras el asesinato de Obregón, cuando las guerrillas campesinas funcionaron como apoyos efectivos y leales al régimen constitucional en su enfrentamiento con la rebelión escobarista.